

LA VISITA DEL PEQUEÑO BILL

Esta es una historia real de un elefante que realizó una visita, y le gustó tanto la casa y todas sus dependencias, que no quiso irse más. Naturalmente, fue invitado a salir; pero el Sr. Elefante no entendió la invitación, y se instaló muy cómodamente en aquella casa.

Eso sucedió hace muchos años, en Nueva York.

En un lado de la calle había un gran establo, que raramente se abría; pero la mayoría de las personas no sabía el porqué. El establo pertenecía al propietario de un circo, quien lo usaba para mantener allí a sus elefantes jóvenes hasta que fueran entrenados. Arriba del establo había un alojamiento donde vivía el Sr. Brown y su familia.

El Sr. Brown cuidaba de los extraños animales que permanecían en el establo.

Un día, el pequeño Bill, hijo de elefante, estaba en el granero y pensó que sería bueno conocer más acerca del extraño mundo que podía oír a su alrededor, pero que no podía ver. Como ustedes saben, los elefantes en general son muy prudentes.

Bill aprovechó cuando el Sr. Brown salió para resolver algún asunto y comenzó su aventura. Vio que el único medio de salir era abrir una puerta interna. Con cierta dificultad, abrió la puerta y salió, pasó por un corredorcito, y entonces subió las escaleras.

Nadie sabe cómo consiguió subir aquellos escalones tan estrechos, pero él subió. Al llegar arriba se dirigió a una sala grande, donde la Sra. Brown estaba preparando el almuerzo.

La Sra. Brown creyó haber escuchado un ruido extraño, miró a su alrededor y vio al pequeño Bill.

Terriblemente asustada, corrió a la ventana y gritó lo más alto que pudo. Todos los vecinos corrieron a las puertas y ventanas, para ver qué pasaba; y allí estaba la Sra. Brown gritando: "¡Socorro!" y, por encima de su cabeza, estirada hacia fuera, estaba la trompa del elefante.

El pequeño Bill, sin embargo, no iba a herir a nadie; parecía que todo lo que quería era divertirse y respirar el aire fresco que entraba por las ventanas abiertas.

De vez en cuando iba hasta la piletta de la cocina, bebía algo y a veces derribaba la loza, pero sus pasos eran muy cuidadosos. A veces las personas que pasaban por la calle veían al elefante a través de la ventana, teniendo en la trompa al hijito menor de los Brown. Después de hamacar al niño, lo colocaba suavemente en el piso.

La Sra. Brown, pobre, estaba muy asustada. Las madres que vivían en el vecindario sentían mucha pena por ella, pues veían lo que el elefante hacía, y daban gracias por no estar en el lugar de ella. Lo peor es que no podían hacer nada para ayudarla.

Cuando el Sr. Brown regresó, y también el dueño del pequeño Bill, pensaron que la única cosa que se podía hacer para que el elefante pudiera descender sin lastimarse, era construir una larga rampa desde la ventana hasta la calle. Enseguida mandaron muchos carpinteros con tablones de madera, clavos y martillos, y construyeron una rampa larga pero no muy empinada.

Cuando todo quedó listo, la noticia se había esparcido por la ciudad, y todo el mundo quería ver bajar al elefante. Miles de personas subían y bajaban por la calle para ver lo que ellas llamaban "el circo gratuito". Todos querían aplaudir, pero el propietario del circo pidió que guardaran silencio durante algunos momentos.

Por la ventana, de la que había sido retirado el vidrio, salía el pequeño Bill, guiado por su dueño, que le daba pequeñas palmadas en la larga trompa y le hablaba suavemente para inducirlo a proseguir la caminata. Todo marchó muy bien hasta llegar a un punto en el que la plataforma doblaba un poquito hacia el muro y después hacia la calle.

Allí el pequeño Bill no sabía qué hacer. Dio una vuelta, extendiendo la pata para tener apoyo. No encontrando apoyo, se inclinó sobre su dueño, empujándolo y haciéndolo caer abajo, sobre el piso. Felizmente, el hombre no se hizo daño.

El elefante también quedó con miedo, porque casi cayó encima de su dueño. El Sr. Brown, que estaba detrás del elefante, se arrojó con todas sus fuerzas contra él, evitando así que cayera, pero el pobre y confundido animal de nuevo se dio vuelta y cayó contra la pared en que se apoyaba la parte final de la rampa.

Al ver que no se podía levantar, el elefante dio un grito tan fuerte que las personas que se encontraban a varias cuadras de allí se estremecieron. Inmediatamente llegaron los carpinteros y colocaron grandes tablas por debajo del animal, para que no cayera más todavía. Después trajeron fardos de paja, que sirvieron de escalones para que el elefante pudiera alcanzar el suelo. Nadie, entonces, se sintió más feliz que la Sra. Brown. Ella dijo que prefería cuidar una docena de niños antes que a un solo elefante, aunque fuera pequeño como Bill.